

tos documentos, porque todos repiten los hechos que dejamos consignados; y como en el plan que nos hemos propuesto no tienen cabida las repeticiones, porque entorpecerian y confundirian la diversidad de los hechos, pasaremos ahora á poner á los niños ante los interrogadores, y se verá una vez mas confirmada la idea de que el espíritu de Dios presidia en sus corazones y en sus lenguas.

LOS NIÑOS ANTE LOS ESCUTADORES.

Hemos dicho ya que el día siguiente de la aparición, segun lo declarado oficialmente por Bautista Pra, amo de Melania, se hizo esta superior á las promesas y amenazas del alcalde de La Saleta, y le contó que en todas partes diria lo que la hermosa Señora le mandó que dijese. Oigamos ahora al señor Obispo de la Rochelle:

“Me detuve en Corps, fuí al convento en que estaban los dos niños que ocupaban de continuo mi pensamiento, y me acerqué á ellos con una especie de respeto que procuré disimular lo mejor que puede: habian sido visitados y honrados con la vista de la Reina del cielo y de la tierra: ¿podia yo acaso mirarlos con indiferencia? Sin embargo, no debía olvidar que, aunque indigno, me hallaba reves-

tido del carácter episcopal. *Arrodillaos, hijos míos*, les dije, *y recibireis la bendición*. Pusieronse, en efecto, de rodillas, y les bendije con una ternura que me sofoqué en ocultar. Hice que se levantasen luego; y les invité á que me recitasen una parte de de las oraciones que hacian por la mañana y por la noche. Servíame de mortificación el no espresarles al momento todo el afecto que hacía ellos sentia mi corazon conmovido, y me contenté con imponer por espacio de un minuto mis manos sobre sus cabezas, y darles algunos consejos paternales, concluyendo por abrazar á Maximino, cuyo rostro tuve algunos instantes apoyado contra mi pecho. Pregunté á uno y otro si querian acompañarme á la montaña: Maximino se apresuró á responder que lo habia con el mayor gusto. Melania mas tímida, contestó solamente con algunas señales que manifestaban su alegría y su anhelo por corresponder á mis deseos. Pues bien, hijos míos les dije: no os apartéis de mi lado; y permaneced lo mas asiduamente que podais el uno á mi derecha, y el otro á mi izquierda mientras hagamos el viaje á la montaña.

“No eran todavia las cinco de la mañana cuando salimos de Corps: nuestra comitiva no era muy numerosa cuando nos pusimos en camino; pero luego se aumentó considerablemente. A las dos horas y media de marcha llegamos cerca de la parroquia de La Saleta, que apenas era la mitad del camino que teniamos que andar, salió á recibirme el párroco *M. Perrin*, y tambien lo hizo el Sr. *Peytard*, alcalde del pueblo, el cual habia tenido la bondad de prepararme un caballo: dile las gracias por su atención, pero no acepté la oferta, porque estaba resuelto á hacer el viaje de peregrinacion á pié. Entramos en la abadía, y el Sr. Cura nos ofreció una pequeña refaccion, que aceptamos.

“Entónces nos contó el Sr. *Peytard* el interrogatorio que habia hecho á Maximino y á Melania el día siguiente al de la aparición.

“Los puse (*habla el alcalde*) previamente en cuartos separa-

dos, á fin de examinarlos aparte, y dije á Maximino:—¿Qué es lo que has hecho? Has propagado un cuento que trae á todos revueltos y que ha de producir consecuencias desagradables: no quisiera yo estar en tu pellejo; mas te valiera haber hecho una muerte, que inventado lo que tú y Melania vais diciendo.—Inventado! contestó Maximino con viveza: ¿cómo quiere V. que tales cosas se inventen? No hemos dicho sino lo que hemos visto con nuestros ojos y escuchado con nuestros propios oídos.—Y habiéndole dicho que me dijese todo, me dijo: (*Aquí el alcalde refiere todo lo que ocurrió á Maximino y Melania, segun estos se lo contaron, y es enteramente idéntico á la narracion que dejamos puesta en el cap. I.*) Al dia siguiente de aquel hecho memorable (*continúa el alcalde*) se les veía aun dominados por la viva impresion de las cosas que les habian sucedido: sus palabras eran animadas y fogosas, y su mirada centellante daba á su lenguaje, tan cándido y sencillo por otra parte, una fuerza y una luz que llevaban hasta el fondo del alma un convencimiento irresistible: Quise que Maximino me prometiera no hablar mas de este asunto; pero me respondió que, hablando de aquel modo, cumplía con un deber indispensable á que estaba obligado. Tenia yo encima muchas monedas de cinco francos, y se las ofrecí en premio de su silencio; pero las desechó con indignacion, diciendo que aun cuando le diera todos los tesoros del mundo no seria infiel á la obligacion que se le habia impuesto. Entónces lo amenacé con entregarlo á los gendarmes, manifestándole que los resultados de esta prision podrian serle terribles, y me respondia que nada temia; que debia decir y diria, segun se le habia mandado, todo lo que habia visto y oido. Abrigaba yo alguna esperanza de que á lo menos me descubriría el secreto que pretendia habersele confiado; pero fué tan inflexible en guardar silencio sobre este punto, como resuelto estaba á hablar de lo que decia habersele prevenido que hablase.

“Tomé luego á Melania en particular, pareciéndome que podia prometerme mejores resultados de una pastorcita tímida por carácter; pero su firmeza en todo fué la misma, y se mostró así como Maximino, superior á todas mis promesas y amenazas. Confieso, Sr. Obispo, que mi incredulidad quedó sojuzgada, y yo

plenamente convencido de que los dos niños nada decian que no fuera muy cierto.”

“Esto es (continúa el Sr. Obispo) lo que nos refirió el Sr. Peytard de viva voz; y este alcalde no era un hombre cualquiera; era un hombre de esquisito discernimiento, y con dificultad se hallará quien le aventaje en juicio y en prudencia.

“Saliendo de La Saleta, instéme de nuevo el señor alcalde á que aceptara su caballo para el resto de la cuesta; le dí las gracias sin aceptarlo; pero, confiado él en que me dejaria vencer mas adelante, llevaba el caballo del diestro sin montarle. El presbítero Lata, mi compañero de viaje, rendido de fatiga, quiso alguna vez aprovecharse de la cabalgadura; pero no tardaba en apearse, porque, estando bañado en sudor, temia los resultados del aire de aquellos montes cercanos cubiertos de nieve. Maximino trepaba algunas veces sobre el caballo con maravillosa destreza, y Melania se dejaba colgar de la grupa; pero Maximino no tardaba en volver á arrojarle en mis brazos, acompañado de Melania, que tornaba modestamente á colocarse á mi lado.

“Llegamos por fin á la tan deseada llanura; pero casi empapados en sudor, afortunadamente nos sirvieron de asilo algunos abrigos de tablas construidos hacia poco. Después de descansar una media hora, llamé á Maximino y Melania y á todos los demas que componian nuestra romería, y bajamos juntos al lugar de la aparicion. Allí los dos niños, á invitacion mia, después de habernos indicado el sitio donde habian hecho su comida en aquel dia memorable, el otro donde habian reposado, y la altura desde donde habian reconocido la situacion de sus vacas, se pusieron á contarnos cómo se verificó el suceso, que habia desde aquella época atraído á estos lugares tantos miles de personas. Maximino y Melania se habian colocado en el mismo paraje en que se hallaron durante su plática con la Virgen.

“Cuando hubieron terminado la relacion, el presbítero

Lata dijo á Maximino.—Hasta ahora no has dicho nada del secreto que pretendes haberte si lo confiado, y has hecho muy bien; pero hoy no tienes ya motivo para ocultarlo. Un Obispo es quien ha venido á estos montes, y un Obispo es representante de Jesucristo en la tierra, y puede, por lo mismo, saberlo todo. Por tanto, no debes tener inconveniente en abrirle tu corazón con toda seguridad. Miróme Maximino, y respondió.—*Estoy seguro que el mismo Sr. Obispo no me permitirá revelar un secreto que se me ha prohibido descubrir.*

“Aplaudí su respuesta, diciéndole que no debía darse por entendido, á pesar de cuantas instancias pudieran hacerse acerca de este punto; que nada había tan sagrado como una orden venida del cielo, y que nadie en la tierra tenía derecho para imponerle la obligación de quebrantarlo. No podré enjarecer bastantemente la alegría con que Maximino oyó mi respuesta; eran tales sus demostraciones, que, al parecer, hubiera querido meterme en su corazón.

“El Sr. Peytard, alcalde de La Saleta, tomó al punto la palabra, y le dijo:—Maximino, ¿por qué te haces tanto de rogar sobre esto? Yo sé que has descubierto á otros tu secreto mas de veinticinco veces.—*Bueno!* replicó Maximino: *¿Con que lo he descubierto? Y ¿qué es lo que he dicho?*—Tú lo dirás, contestó el alcalde: lo cierto es que lo has contado mas de veinticinco veces.—*Cuantas querais,* replicó el pastorcito; *veinticinco, cincuenta, cien veces; lo mismo da.* Y al decir estas últimas palabras huyó rápidamente, como para librarse de importunaciones. Le llamé otra vez, y, queriendo poner fin á todas aquellas pruebas inútiles, invité á todos los asistentes á que se hincasen de rodillas, é hice que Maximino rezara en francés, en alta voz, algunos Padre nuestros y Ave Marías, á que todo nosotros respondimos. Subimos luego al paraje en donde la Virgen Santísima se habia elevado y desaparecido: allí nos arrodillamos de nuevo, y oramos, así como junto al arroyo, por la conversion de los pecadores, por nuestros

parientes y amigos, y por todas las personas que nos interesan

“Nos levantamos en seguida, é hice una corta exhortación á las personas presentes acerca de las apariciones de la Santísima Virgen y los designios de misericordia que envolvian. Hice luego una corta deprecación á María, protestándola hallarnos dispuestos á obedecerla con entera sumision.

“Maravillóme extraordinariamente la atencion que prestaban mis oyentes á estas débiles palabras; noté que participaban de mis sentimientos, y quise fueran tambien partícipes de mis cánticos de júbilo y gratitud. Invité, por tanto, á que unieran sus voces á la mia en el canto del *Magnificat*, y lo entoné con voz fuerte y animada. Todos los asistentes, eclesiásticos y seglares, hombres y mujeres, cantaron juntos conmigo el cántico de la Virgen. Los ecos de aquellos montes solitarios, y hasta poco ha siempre silenciosos, repetian á lo lejos los acentos de la piedad que cantaban las glorias de María.”

Volveremos á hablar de este venerable prelado en otro capítulo, pues ya que hemos visto la conducta de los niños ante él y ante el alcalde de La Saleta, y del presbítero Lata, vamos á verles ante otros interlocutores, imprudentes algunos, volviendo á tomar la Memoria de los comisionados, los señores Rousselot y Orce, que dice lo siguiente:

“Nada es mas admirable y extraordinario que la manera pronta, perentoria y decisiva con que los dos niños responden á las innumerables preguntas que se les hacen, ya sea para convencerse el interlocutor, ó ya por la desconfianza con que se recibe todo lo que es maravilloso, ó bien por una obstinada oposicion de algunos á creer en milagros. Sus respuestas contrastan singularmente con lo inculto de su carácter natural y con su ignorancia en todo lo que no tiene relacion con el suceso de la Saleta. Las contestaciones no se hacen esperar jamas; son cortas, claras, enérgicas, y las dan con tanta seguridad como modes-

tia, Menos de media hora bastó el día de la aparición para grabar con rasgos indelebles en su ingrata memoria la relación larga y circunstanciada que vienen haciendo durante estos veinte meses, y menos de un momento es necesario para que encuentren la respuesta á una objeción preparada de antemano y largamente meditada por aquel que la pone. Como prueba de ello véase lo que respondió Melania al presbítero *Legier*, uno de los mas terribles escrutadores de los niños.

“*Pregunta*: Tú no sabias francés, ni ibas á la escuela; ¿cómo has podido acordarte de lo que la Señora te decía? ¿Te lo dijo muchas veces? ¿Te enseñó á acordarte bien de ello?”

“*Respuesta*. ¡Oh! No: no me lo dijo mas que una vez, lo recuerdo perfectamente; y aunque yo no comprendiese bien, en diciendo lo que ella me dijo, los que entendian francés lo comprenderian aunque yo no lo comprendiese: esto basta.”

Y Melania hablaba así con un tono y un acento que en sí misma tenia la convicción. Véanse ahora otras respuestas que parecen verdaderamente inspiradas, y que han sido oídas en reuniones frecuentemente numerosas y bien preparadas; y no se olvide que hasta aquí ha sido imposible hallar á los niños en contradicción.

A *Maximino*: La Señora te engañó, *Maximino*; pues te predijo un gran hambre, y, sin embargo, la cosecha es buena.

Maximino: Y ¿qué me importa eso? Ella me lo dijo: lo de mas no me toca.

A esta objeción han respondido los niños otras veces:—*¿Y si se han convertido?* Dando á entender que la amenaza de la Señora habia sido condicional,

—La Señora que vosotros visteis está presa en la cárcel de Grenoble.

R. ¡Muy listo será el que la coja!

—La Señora que habeis visto no era mas que una nube luminosa y brillante.

R. Las nubes no hablan:

—Muy disipado eres, *Maximino*, para que te se crea. ¿No te da pena el ver que no creen lo que dices?

R. Ninguna. ¿Decía el profeta Jonás, por ventura: *Creeme ó te mato?*

¿Cómo! ¿Tú quieres compararte al profeta Jonás?

R. No soy santo como él, y esto es todo, pero hagola misma cosa.

—¿Cómo que haces la misma cosa?

R. Ciertamente que es la misma cosa. Dios no tenia entonces Madre, y envié á Jonás á Ninive, ahora nos ha enviado á su Madre para que digamos lo que ella nos ha dicho, y lo decimos.

Un Sacerdote: Tú eres un mentiroso: no te creo.

Maximino: No me importa: yo estoy encargado de decíroslo, mas no de hacéroslo creer.

Otro Sacerdote: Eres un mentiroso: no te creo.

Maximino: Pues entonces, ¿por qué venis de tan lejos para interrogarme?

“Nosotros mismos (dicen los autores de la Memoria) hemos presenciado esto mismo en Melania. Estando el 26 de Agosto en el sitio de la aparición con unos cuarenta peregrinos que nos habian acompañado, hicimos repetir á los niños toda la escena del 19 de Setiembre de 1846, día del milagro. Llegados al paraje de donde la Señora desapareció, un cura de Vallonise, de la diócesis de Gap, interrumpió á Melania cuando relataba, diciéndola: *La Señora desapareció en una nube.*

“*Melania*: No habia nube.

“*El cura*: Pero es fácil envolverse en una nube y desaparecer:

P. Luego hay alguno que lo sabe.

"Melania (con vivacidad): Pues, señor cura, envuélvase vd. en una nube y desaparezca.

"Y Melania se marchó de entre la concurrencia, diciendo admirada: *Mi misión ha terminado*. El presbítero Alvertin, catedrático del gran Seminario de Grenoble, preguntó á Maximino en otra ocasión: ¡No te enfadas, amable niño, de tener que contar todos los días unas mismas cosas? Y Maximino le contestó: *¡Y vd., señor cura, se enfada de decir misa todos los días!*

Los Srs. Repellin, catedrático del Seminario de Embrun, Belier, misionero de Valence, y otras personas muy recomendables, confiesan haber recibido de los niños respuestas todavía mas admirables. El citado Sr. Repellin, nos decía en una carta que, habiendo ido en peregrinacion á La Saleta con el párroco de Sérres el 8 de Setiembre, vieron á los niños al día siguiente, y hablando con ellos durante tres horas, primero con el uno y despues con el otro, y que les respondieron como habian respondido á otros muchos. Que él dijo á Melania: ¡No podria suceder que el personaje maravilloso que viste fuese un mal espíritu que pudiese introducir el desórden en la Iglesia? Ella le respondió:

Señor cura: el demonio no lleva una Cruz.

Y continuó el Sacerdote: Pero, amable niña, el demonio llevó á Nuestro Señor Jesucristo á lo alto del templo y de la montaña: por lo tanto, muy bien podria llevar su Cruz.

No, señor, (contestó Melania con cierta seguridad): Dios no dejará llevar así la Cruz, pues sobre la Cruz murió.

El cura: Pues él se dejó llevar á sí mismo.

Melania: Pero la Cruz es por la cual salvó al mundo.

Sacerdote: La seguridad de esta niña, la profundidad de su respuesta, cuya hermosura tal vez ella no conocia, me cerraron la boca.

En una reunion, siempre buscando medios para ver si

se contradecian, hicieron entrar repentinamente á Melania, y poniéndola delante de una de las señoras que allí habia, le preguntaron si la hermosa Señora que habia visto en la montaña era de la estatura de aquella ó mas pequeña, y contestó al instante, sin titubear: *Era mas alta*.

Luego se hizo entrar á Maximino, le pusieron delante de la misma señora, le hicieron igual pregunta, y en seguida contestó: *Era mas alta*.

Imposible ha sido siempre hallar en estos niños ni la mas pequeña contradiccion: todos los interlocutores fueron vencidos, cualesquiera que fueran los fines de algunos y la sagacidad que ponian en práctica. En el capítulo que sigue se verán nuevas y mas admirables respuestas de los dos pastorcitos.

VI.

EL SECRETO.

"La Señora, (dicen los comisionados en su Memoria) confió un secreto á cada uno de los niños, sobre el cual son absolutamente impenetrables. Primero lo dió á Maximino, y en seguida á Melania; pero el uno no sabia que el otro recibia un secreto.

"Despues que desapareció la Señora, dijo Maximino á Melania:—Ella ha estado un rato sin hablar; pero yo la veia mover los labios: ¡qué te decía?—Melania le respondió:—Me ha dicho una cosa; pero no quiero decírtelo, porque me lo ha prohibido:—y Maximino le contestó:—Me

P. Luego hay alguno que lo sabe.